

CARLA CORDUA, *Wittgenstein. Una reorientación de la filosofía*, Santiago, Dolmen Ediciones, 1997, 413 páginas.

Este libro consta de diez capítulos, nueve apéndices, una bibliografía de Wittgenstein y otra sobre él; por último, de un índice de nombres y conceptos.

Hacia tiempo que Carla Cordua venía ocupándose de Wittgenstein y de la numerosa bibliografía reciente sobre el notable pensador vienés. De este antiguo interés ha surgido ahora este excelente libro que aborda con maestría la obra madura del filósofo.

Este período se inicia con los cuadernos preparatorios de las *Investigaciones filosóficas* y representa, en efecto, una “reorientación de la filosofía”. Desde luego, la del *Tractatus Logico-Philosophicus* del Wittgenstein joven, pero a la vez, de la tradición metafísica en su conjunto, ante la cual él adopta una posición radicalmente crítica. Veía en ella, como en la ciencia misma, por lo demás, mucha confusión conceptual, falta de claridad y dogmatismo. A la postre, esta recusación da lugar a una reserva frente a la teoría, a la que él reprocha su desprecio por lo particular, su afán de conquistar a cualquier precio verdades universales, en el caso de la filosofía; leyes generales y relaciones causales de dudoso valor cognoscitivo, tratándose de la ciencia.

El radicalismo de esta crítica, parecería no augurar nada bueno. Pero, lejos de propiciar un irracionalismo, Wittgenstein redobla las exigencias de un pensar y decir con sentido, a través de una estrategia que envuelve una renovación del método del pensamiento. En esto consiste, precisamente, en un aspecto central, la “reorientación” anunciada en el título: se trata de una nueva concepción de la filosofía y de sus tareas.

De partida, será preciso trazar líneas demarcatorias que distingan tajantemente la filosofía respecto de las ciencias. Es falsa la pretensión de someter aquella a los criterios de éstas. Se ocupan de asuntos diversos y han de desarrollar estrategias también diferentes. La ciencia trata sobre los hechos y su función consiste en elaborar hipótesis acerca de las causas de esos hechos. La filosofía, en cambio, tiene que habérselas con asuntos puramente conceptuales, frente a los cuales se trata de ganar claridad: lograr que lo inicialmente confuso, enredado o paradójico se explique, aclare o desenrede (*Erklären* es a la vez explicar y aclarar). En suma, filosofar

significa liberarse de la sensación mortificante de estar en el embrollo y salir de la perplejidad inicial. Debiera, pues, la filosofía, más que sacar de la ignorancia, arrancarnos del error y la confusión, ya que sobre sus asuntos, se parte ya creyendo (saber).

El negocio de la claridad no posee la valencia utilitaria que suelen tener los descubrimientos de las ciencias. Tampoco Wittgenstein se hace mucha ilusión que el camino abierto por él vayan a querer transitarlo otros. "Nuestra civilización es típicamente constructiva, escribe. Su actividad es levantar una estructura cada vez más complicada... la claridad no le sirve a ella más que para este propósito y no constituye un fin en sí. Para mí, en cambio, la claridad es un fin en sí mismo" (pág. 178).

Para esta labor de explicación o clarificación, de hablar con sentido —pues de eso se trata—, la filosofía ha de cumplir una tarea de *elucidación y análisis del lenguaje* mismo, el material, por así decirlo, con que se piensa y están hechas nuestras ideas. La filosofía, entonces, describe la lógica del lenguaje que no es otra que la del habla común y corriente. Este lenguaje, como el mundo mismo, es simplemente el que es y el filósofo se encuentra con él así como es. Pero la filosofía tradicional y la ciencia misma, han abusado del lenguaje, cayendo en descarríos y aberraciones, pues lo han manejado de un modo tortuoso, abstruso, exigiéndole *performances* que lo desligan del uso común, forzándolo a piruetas y torsiones que sólo consiguen desorientar y confundir. Ni siquiera algunas áreas de las matemáticas escapan a esta crítica radical: "En ninguna confesión religiosa se ha pecado tanto por el mal uso de expresiones metafísicas como en las matemáticas" (pág. 22).

Si hubiera que dar un sentido de conjunto a la "reorientación" propuesta por la autora, podríamos quizá aventurar que ella vendría a ser algo así como una *genealogía* de la lógica, que la "desconstruye" haciéndola derivar del lenguaje común tal como se usa en la vida ordinaria. Esta desconstrucción genealógica da lugar a una disciplina crítica que Wittgenstein *practica* con los saberes establecidos, con vistas a su enmienda. En este sentido, esta lógica genealógica no sería teoría porque se encuentra en estado práctico en la actividad descriptivo-crítica del mismo Wittgenstein, y de quien quiera aceptar su propuesta.

El análisis del lenguaje tiene, desde luego, el propósito de deshacer confusiones lingüísticas. Pero, en último término, esta labor importa en la medida que contribuya a hacernos inteligible el mundo, o sea, en tanto pueda significar algo o modificar algo en nuestra relación con él. Pues el lenguaje no es algo exterior o radicalmente distinto del mundo de la vida. No hay mundo y luego además lenguaje: el mundo es aquel del que puedo hablar, decir cómo es y acaso curarme de él.

Pero, la religión, la historia, la ciencia natural, ¿no tratan acaso ellas también de hacernos inteligible el mundo? ¿No hay en ellas una esencia común que permite llamarlas a todas "formas de comprensión del mundo"?

Tanto como hay de común entre el fútbol, el ajedrez y el billar, diría Wittgenstein: todos son juegos, pero no tienen nada más en común, no son parte de un superjuego que los abarque a todos. Al contrario, cada uno tiene sus reglas que comportan un acuerdo interpersonal entre los que juegan *ese* juego en especial. Otro tanto ocurre con disciplinas distintas; también ellas poseen sus reglas y códigos, que remiten en

último término a una "forma de vida". Estas son acuerdos tácitos aceptados por los miembros de un grupo y permiten las acciones reguladas en general. Hablar es una de ellas, y supone una intersubjetividad. Un lenguaje propio que nadie más entendiera, sería el cero lingüístico, la comunicabilidad nula, el antilenguaje. En una "tribu de solipsistas" en que cada cual tuviera su lengua privada y su gramática singular, hablar no sería más que un ritual taciturno, una especie de tarareo que cada cual practicaría, a modo de acompañamiento ceremonial de sus actos.

Nadie podrá pasar impunemente por las páginas de este libro. El especialista, porque se encontrará con propuestas polémicas de la autora frente a otros intérpretes; el menos especialista, tendrá que hacerse cargo de la "reorientación" propuesta y ponerse en claro sobre cómo él la ve; en fin, el público lector experimentará la sensación que un aire fresco ha irrumpido en una atmósfera enrarecida. Aunque, bajo otras apariencias, se hallará inmerso en la cuestión acerca de un pensar "posmetafísico" que define una coordenada mayor del debate filosófico contemporáneo.

MARCOS GARCÍA DE LA HUERTA